

samente, que como en S. Pedro, donde Palestrina era maestro de capilla, así también en Letrán ejecutáronse en este respecto obras de mérito relevante (1). Pero no solamente las funciones religiosas, sino también los mismos templos hacían profunda impresión en todos los forasteros. Es muy significativo, que Fichard, a pesar de todo su entusiasmo por la antigüedad, nombra como cosas principales de la Ciudad eterna, muy dignas de verse: el Vaticano con la biblioteca y el Belvedere, la Cancelaría y las basílicas de San Pedro, Letrán, S. Pablo extramuros, Sta. María la Mayor, Sta. María de la Minerva, Sta. María del Pueblo, y finalmente la iglesia nacional alemana con el hermoso sepulcro de Adriano VI (2).

Ocho años después de la estancia en Roma del viajero de Francfort, un peregrino florentino cuyo nombre se ignora, hizo algunos apuntamientos sobre las creaciones más principales del arte del Renacimiento, que eran de ver entonces en la Ciudad eterna. Estas memorias (3), que en múltiples respectos son de interés, comienzan por la basílica del Príncipe de los Apóstoles y su nueva construcción. De las obras de arte que había en S. Pedro, alaba este autor desconocido la Piedad de Miguel Angel, la cual después del derribo de la capilla de Sta. Petronila, fué trasladada al Oratorio de S. Gregorio (4). De los demás monumentos de la iglesia de S. Pedro menciónanse sólo los sepulcros de Sixto IV e Inocencio VIII. Ponen de realce estos apuntamientos como la cosa más importante digna de verse en el Vaticano, las estancias y galerías de Rafael, que brillaban entonces todavía con toda la esplendidez de su colorido, y después la Capilla Sixtina con el incomparable adorno de sus frescos. Lamenta este autor con razón la destrucción de la capilla del SS^{mo}. Sacramento, de Fiésole. De la gran multitud de iglesias nombra sólo aquellas, que encerraban obras muy eminentes del arte del Renacimiento. En S. Agustín eran tenidas ya entonces como principales preciosidades artísticas, además del Isaías de Rafael, la estatua de Ntra. Sra. del Parto, cincelada por Jacobo Sansovino, y el grupo de mármol que representa a la Santísima

(1) V. Rot, Itin., 250, 252, 261.

(2) Fichard, Italia, 67.

(3) Editadas e ilustradas por Fabriczy en el Arch. stor. Ital. Ser. 5, XII, 275 s., 328 s.

(4) Cf. Mackowsky, 366 s. La Madonna della Febbre fué aquí colocada no en 1545, sino ya en 1542; v. Fabricius, Roma, 248.

Virgen, a Santa Ana y al Niño Jesús, ejecutado por Andrés Sansovino; la una estaba, como hoy, a la derecha cerca del muro de entrada, y el otro a la izquierda junto a la tercera columna debajo del Isaías. Las Sibilas de Rafael, que se hallan en Sta. María de la Paz, las elogia el florentino como una de las más hermosas obras del pintor de Urbino que hay en Roma. Fuera de esto cita también la Presentación en el templo, de Baltasar Peruzzi, la cual entonces todavía no estaba fuertemente retocada. De los numerosos y magníficos sepulcros de mármol de Sta. María del Pueblo, menciona sólo los dos mayores y más hermosos: los monumentos de los cardenales Jerónimo Basso y Ascanio María Sforza, de Andrés Sansovino. Por modo extraño pasa en silencio los frescos del techo del coro, de Pinturicchio, las cristaleras pintadas de Claudio y Guillermo Marcillat, y hasta la misma admirable capilla Chigi. En cambio da noticia de dos cuadros de Rafael: de Ntra. Sra. de Loreto, que más tarde desapareció, y del célebre retrato de Julio II, que ahora adorna los Oficios; los dos colgábanse entonces en ocasiones solemnes de las pilastras de la iglesia. En Sta. María de Araceli admiró nuestro guía el cuadro de Ntra. Sra. de Foligno, de Rafael, y en la iglesia de los dominicos, Sta. María sopra Minerva, como adorno principal, los frescos de Filippino Lippi, que están en la capilla de Carafa, y la estatua de Cristo, de Miguel Angel. Menciónanse los sepulcros de León X y Clemente VII, pero sin ningún elogio, como es natural. Del «Moisés» de Miguel Angel, que está en S. Pedro ad vincula, dice este autor sin nombre, que le parece una obra divina. Hace memoria también de los sepulcros de Pedro y Antonio Pollajuolo, que se hallan en el susodicho templo. En la iglesia nacional española de Santiago estaba en aquel tiempo la estatua de S. Jaime, de Jacobo Sansovino, que ahora se venera en Sta. María de Monserrat.

De las obras artísticas de la parte de la ciudad situada al otro lado del Tíber, ensalzan estas memorias los frescos de la Farnesina y el incomparable tempietto de Bramante en S. Pedro in Montorio. En esta iglesia adornaba entonces todavía el altar mayor la Transfiguración, de Rafael. Fuera de eso, pudo el desconocido autor admirar en S. Pedro in Montorio, junto con el fresco de Sebastián del Piombo, la Flagelación de Cristo, todavía ahora existente, un cuadro de Miguel Angel, más tarde desaparecido, que representaba a S. Francisco.

Como el florentino sólo cita obras de arte del Renacimiento, así Ulises Aldrovandi en su catálogo, compuesto en 1550, enumera casi únicamente antigüedades. Sólo muy pocas obras menciona Aldrovandi de escultura moderna, principalmente varios trabajos de Miguel Angel, a cuyo Moisés cree tributar la mayor alabanza, al observar que esta creación se puede comparar con cualquier otra de la antigüedad (1). En vano se busca en Aldrovandi el nombre de otros maestros modernos. Cuán en poco los apreciaba en comparación de los antiguos, vese claramente por estas expresiones suyas: «un Mercurio con lira, hermosa estatua, pero es moderna»; «una cabeza femenil con pecho descubierto, pero es obra moderna». Todavía menos se sabe por la descripción del erudito boloñés sobre la riqueza de pinturas de Roma, y las muchas preciosidades, que encerraban los palacios de la nobleza y sobre todo de los cardenales (2).

Cuánto cautivaban el interés de todos las antigüedades, se saca por el hecho, de que las mismas ocupan un ancho espacio en las guías ordinarias, que a imitación de las medievales, intituladas «Cosas maravillosas de Roma», enumeran preferentemente las reliquias e indulgencias de las iglesias. En una guía semejante de 1563 (3) se da una distribución del tiempo para visitar las principales cosas dignas de verse, la cual es muy característica por diversos conceptos. La guía quiere ofrecer al viajero que va de prisa una dirección tal, que en pocos días pueda ver lo más que sea posible. La distribución en tres días está regulada para un forastero que saliese de casa muy temprano y tuviese un caballo a su disposición. Como punto de partida del primer día se toma el Borgo, desde donde habían de ser visitados el Trastévere, la isla del Tíber, el Monte Testaccio, S. Pablo extramuros, S. Gregorio, las termas de Caracala, la Rotonda de S. Esteban y el palacio y basílica de Letrán. Para el segundo día propónese una vuelta, que exige todavía más al curioso viajero: desde el mausoleo de Augusto a Sta. María del Pueblo, Trinidad de los Montes, Monte Cavallo con las célebres Viñas de los cardenales Carpi y Este; después

(1) Aldrovandi, 291.

(2) Cf. Burckhardt, Documentos, 557 s.

(3) *Le cose meravigliose dell'alma città di Roma*, Roma, 1563. (En la *Biblioteca Víctor Manuel de Roma* hay un ejemplar de este escrito, que ha venido a ser ya raro.) Una edición veneciana de 1544 cita Cicognara, *Catálogo etc.*, II, Pisa, 1821, 184.

habían de ser visitadas la iglesia de Sta. Inés extramuros, las termas de Diocleciano, Sta. Pudenciana, Sta. María la Mayor, las Siete Salas, el coliseo, el Palatino, el foro, el Capitolio, el teatro de Marcelo, el pórtico de Octavia y finalmente también los palacios Capodiferro y Farnese. El curso del tercer día ha de comenzar en la Plaza Colonna. Además de ir a ver la columna de Trajano, la iglesia de la Minerva y el Panteón, recomienda también la guía la visita a una colección privada, en el monte Citorio, rica en antigüedades y pinturas modernas, la casa de monseñor Jerónimo Garimberti, obispo de Gallese. La comida ha de tomarse en una de las hosterías de junto a la Plaza Navona, en las inmediaciones del Pasquino. Para la tarde se aconseja una visita a la Villa Julia (1).

«En las casas de algunos cardenales y de varias personas privadas, se dice en la guía sobredicha, hay todavía muchas cosas hermosas que ver, pero que no nombro, porque se hallan en constante mudanza, y no quisiera cansar inútilmente a los viajeros.» Este cambio y mudanza se ejecutaba en el sentido de una progresiva centralización de los museos de antigüedades. A principios del siglo XVI había aún muchas pequeñas colecciones, que poco a poco fueron desapareciendo. Ya en el cuarto decenio de dicho siglo, las grandes colecciones del Belvedere, Capitolio, Cesi, Médici y Valle sobrepujan en importancia a las menores, mientras que antes, como parece, las buenas piezas estaban distribuídas todavía con bastante igualdad. En tiempo de Aldrovandi vinieron a quedar sin importancia las colecciones de mediana magnitud con algunas obras indudablemente buenas, cuales se podían ver todavía, durante la estancia de Heemskerck en Roma, en las casas Sassi, Maffei y otras (2). El acceso a cada una de estas colecciones dependía de las relaciones, que con sus dueños tenía el viajero.

Una cosa muy digna de verse y al mismo tiempo una preeminencia de Roma, que alaban especialmente todos los visitantes

(1) *Le cose meravigliose*, 48 ss. Sobre Garimberti v. Hübner, I, 100. J. J. Boissard, cuya estancia en Roma cae en los pontificados de Julio III y Paulo IV, dispone su Guía de la ciudad para cuatro días, lo cual tiene relación con el hecho, de que los peregrinos eran mantenidos gratuitamente por espacio de tres o cuatro días en el establecimiento caritativo de la SS^{ma}. Trinidad y en otros benéficos institutos. Cf. Schmidlin, *Historia del Anima*, 387.

(2) V. Hübner, I, 74.

extranjeros (1), formaban los numerosos establecimientos de beneficencia, excelentemente dispuestos y ordenados. La capital del cristianismo con su caridad floreciente había dado siempre vivo testimonio de la virtud fructificadora de la fe católica. Como en la edad media, así también en el tiempo del Renacimiento, los Papas, cardenales, prelados y seglares de todos los estados se afanaron con noble emulación por remediar las necesidades de los enfermos, pobres y desvalidos. En antigüedad y amplitud ocupaba el primer lugar entre los establecimientos caritativos, el hospital del Espíritu Santo, reorganizado por Sixto IV. De gran fama gozaban también los de S. Salvador junto a Letrán y de Santiago in Augusta, que habían sido fundados por cardenales de la casa Colonna. Estos hospitales, como los situados junto a Sta. María de la Consolación, S. Antonio y S. Roque, que favorecían de todos modos los Papas con subsidios y privilegios, estaban de tal manera distribuidos por la ciudad, que se podía atender bien a las necesidades de los diversos barrios (2).

Un género especial de establecimientos benéficos lo formaban los hospicios nacionales, que los extranjeros avecindados en Roma, tan sumamente numerosos, habían erigido para sus compatriotas junto a las iglesias de su respectiva nación. Por ellos se expresaba de modo muy significativo el carácter católico de Roma, como capital de la Iglesia universal. Los alemanes, conforme a su número, eran los que tenían más establecimientos de esta clase, entre los cuales ocupaban el primer lugar desde el siglo XIV el *Ánima* y el *Campo Santo*. Juntábanse a ellos casas más pequeñas para los flamencos y valones, los bohemios y húngaros. Los españoles, los más numerosos en Roma inmediatamente después de los alemanes, tenían casas para albergar y cuidar a sus peregrinos pobres y enfermos, junto a Santiago en la Plaza Navona y junto a Sta. María de Monserrat. De un modo semejante los portugueses, franceses, ingleses, escoceses, irlandeses, polacos, húngaros, suecos, dálmatas y eslavos del sur, y también los lombardos, genoveses, florentinos, sieneses y los de Bérgamo poseían sus

(1) V. sobre todo Fabricius, *Roma*, 215 s., 232, 261.

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. V, 103 s. y la bibliografía especial allí apuntada. En el hospital de Sta. María de la Consolación operaba el célebre cirujano Gisberto Horst de Amsterdam (1543-1564); v. Pericoli, *S. Maria della Consolazione*, Imola, 1879, 98.

iglesias propias, y unidos a ellas hospicios nacionales, y también las más de las veces hermandades (1).

A varios de estos establecimientos cortáronseles con la herejía sus nervios vitales; con todo aun en este tiempo crítico conservó la Ciudad eterna su antigua gloria de generosísima caridad. En íntima unión con el movimiento de reforma católica, que ocultamente iba creciendo, la caridad cristiana, como en las demás ciudades de Italia, así también en Roma, brotaba nuevas y espléndidas flores. Después que los miembros del Oratorio del Amor Divino habían ya establecido en el antiguo hospital de Santiago in Augusta un departamento especial para incurables, el cardenal Julio de Médici, más tarde Clemente VII, fundó en 1519 la Cofradía de la Caridad para auxiliar a los pobres vergonzantes, consolar a los presos y dar sepultura a los desamparados. El cardenal Médici fué también el que indujo a León X a confirmar el monasterio para pecadoras arrepentidas, situado en el Corso, que había sido fundado por los miembros del Oratorio del Amor Divino. A otro prelado romano debió su origen el orfanotrofio que había junto a Sta. María in Aquiro.

En tiempo de Paulo III y favorecidos por él vió Roma crecer toda una serie de establecimientos, por medio de los cuales la caridad inventiva de generosos y santos varones procuraba combatir con buen éxito los males materiales y morales de aquellos tiempos. El franciscano Juan de Calvi, el orífice Crivelli y el cardenal Quiñones pusieron entonces los fundamentos del Monte Pío. Un abnegado hijo de España, el capellán Fernando Ruiz, en unión con dos nobles de Navarra, fundó en la Plaza Colonna una casa para dementes, cuyo cuidado hasta entonces había estado casi enteramente desatendido. El celo ilustrado de otro español, S. Ignacio de Loyola, dió origen a la casa de refugio para pecadoras convertidas, situada junto a Sta. Marta, al hospicio para

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. I, 385-393, y respecto del *Ánima* la magnífica monografía de Schmidlin (Friburgo, 1906), que estriba en sólida investigación de los archivos. El hospital para los polacos estaba situado junto a la iglesia de S. Esteban alla Chiavica, el de los de Sena junto a la iglesia de Sta. Catalina de Sena en la Vía Julia (v. *Le cose meravigliose*, 25-26). Los de Bérgamo obtuvieron la iglesia de Sta. María de la Piedad (v. Simonetti, *Vie*, 32; *ibid.*, 49 hay datos sobre la iglesia y el hospital de los genoveses). Sobre el gran número de los extranjeros v. Rodocanachi, *Rome*, 243 ss.; aquí (p. 225 s.) también sobre la desaparición de la antigua alta nobleza y la preponderancia del *mezzo ceto* en Roma.

pobres doncellas, puestas en peligro, que estaba cerca de Sta. Catalina de' Funari, al establecimiento para recién convertidos, sito al lado de S. Juan del Mercatello al pie del Capitolio, y a una asociación para socorrer a pobres vergonzantes. En tiempo de Julio III fundó S. Felipe Neri la Compañía de la Trinidad para amparar a los peregrinos indigentes, la cual tenía sólo a Cristo por protector. Juntábanse a éstas diversas nuevas fundaciones para dotar a doncellas pobres.

Todavía de otra manera se hacía notable el empuje de la vida católica en el terreno de la caridad. Las instituciones de beneficencia eran de nuevo administradas con más solicitud y diligencia, y mejor cuidadas cuanto a la salud espiritual de los enfermos y achacosos. También en este punto fué el ejemplo que dieron S. Ignacio y más tarde S. Felipe Neri, el que contribuyó mucho a recordar a eclesiásticos y seglares aquellas palabras de Cristo: «Lo que hicisteis con uno de mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (1).

Como en todos los terrenos, así también en el de la caridad se preparaba la grandiosa época de la reforma y restauración católica, en la cual amables santos y grandes Papas trabajaron incansablemente por aliviar las miserias corporales y espirituales de sus semejantes. Durante esta época memorable de una entera mudanza de la vida moral, la *Roma aeterna*, que en el tiempo del Renacimiento había recibido con frecuencia un sello muy mundanal, experimentó también una radical transformación,

(1) V. Tacchi Venturi, I, 355 ss., 365, 381 s.; cf. también nuestras indicaciones del vol. X, 288 ss. Los méritos de F. Ruiz fueron honrados en 1573, en la capilla de Ntra. Sra. de la Piedad, situada en la Plaza Colonna, con la siguiente inscripción: D. O. M. Ferdinando Ruitio Hispalensi praesbytero integerrimo quod religionis ergo hospitem hanc domum pauperibus exteris ac mente captis primus erigendam curaverit, quod eandem annuo censu de suo dotaverit, quod ibidem pietatis studio diem suum obire voluerit sodales et curatores domus viro optime merito pos. pro eius eterna salute quotidianas Deo preces sacrumq. anniversarium ad XIII. Kal. April. supremo eius die instituere M.D.LXXIII. Cuando Benedicto XIII en 1728 trasladó esta casa de locos a la Lungara, fué colocada esta inscripción a la entrada de la capilla que allí había, de Sta. María de la Piedad (v. Forcella, XII, 387 ss.); al ser derribado este manicomio en 1911, desapareció. En cambio, se ha conservado en la iglesia de Sta. Catalina de'Funari, de difícil acceso, la capilla fundada por F. Ruiz, y ricamente decorada con mármol de colores y diversas pinturas; es la primera del lado izquierdo. V. Nibby, Roma nel 1838. Parte prima moderna, Roma, 1839, 149.

que no era solamente de su forma exterior. Con sus grandes y magníficas iglesias, caritativos establecimientos, espaciosos monasterios y colegios para sacerdotes de las más diversas naciones, volvió a ser ella también por el acrecentamiento del espíritu religioso entre sus habitantes, aquello para lo que la ha destinado la Providencia como asiento del sucesor de S. Pedro: la santa ciudad, que encarnaba de un modo brillante los ideales cristianos.